

El yugo vasco de Anacleto Artzelus

DAVID MARIEZKURRENA ITURMENDI

*El yugo vasco si no sirviera para nada
sería una magnífica escultura.*

Pello Iraizoz

El progresivo paso de una sociedad tradicional y agrícola a un mundo industrializado, proceso que tuvo especial incidencia en los años centrales del siglo XX, trajo consigo innumerables cambios en nuestros modos de vida. Uno de los muchos oficios que la mecanización del campo hizo desaparecer fue el de yuguero. Cuando los bueyes dejaron de vestir el paisaje de nuestros campos, Anacleto Artzelus Ormazabal, *uztargilea*, dejó de dedicarse a fabricar yugos a los que atarles el arado, el bravant o el carro. A partir de ese momento tuvo que empezar a ganarse la vida en el ámbito de esa nueva era industrial.

Hace poco más de un año tuve la oportunidad de entrevistar a este antiguo yuguero. A pesar de llevar más de cuarenta años sin vivir de esta profesión, recordaba al detalle los pormenores de un oficio ya perdido, sobre el que dudo queden ya en Navarra muchas personas que de él puedan dar explicación. Para mí fue todo un lujo tomar nota de sus explicaciones, apuntes que se convirtieron en un breve artículo de la revista *Txantrean Auzolan*¹.

Desde aquel primer encuentro con Anacleto estaba proyectado este trabajo, un artículo donde poder exponer con más detalle el proceso de elaboración de esta herramienta tan antigua y tradicional como es el yugo. Lamentablemente, al iniciarse este año 2005, recibí la noticia del repentino fallecimiento, a sus 72 años, de Anacleto Artzelus. Su muerte se producía precisamente en el momento en el que estábamos a punto de proponerle la grabación de un programa documental para la colección «Etnografía de Navarra», filmaciones etnográficas que promueve Susana Irigaray desde la dirección del Museo Etno-

¹ MARIEZKURRENA ITURMENDI, David, «El yuguero», *Txantrean Auzolan*, núm. 63, Pamplona, 2003, pp. 18-19.

lógico de Navarra «Julio Caro Baroja», en colaboración con la empresa Pyrene, productora que cuenta con Eugenio Monesma al frente.

La pérdida humana es irreparable, lo repentino de su muerte fue un duro golpe para la familia y su círculo más cercano. Como etnógrafo, he de lamentar también la desaparición de todo el legado cultural que representaba esta persona. Sus años de profesión en la elaboración de yugos, su dedicación basada –según me confesaba– en la máxima profesionalidad y respeto hacia su trabajo, sus clientes, e incluso hacia los animales que iban a trabajar con sus yugos, le otorgaban a Anacleto un bagaje humano y cultural que en gran parte hemos perdido todos tras su fallecimiento.

Así pues, al no poder filmar el proceso de elaboración del yugo, se ha evaporado también la oportunidad de disfrutar de las succulentas explicaciones de primera mano de este artesano, no sólo de este extinto oficio, sino de un tiempo pasado en el que le tocó vivir. Sin duda nos habría transmitido y legado para el futuro toda la dureza y a la vez la riqueza de unos años, no tan lejanos en el tiempo, pero sí a mucha distancia de nuestra actual sociedad.

De algún modo este artículo trata de compensar mínimamente esta irreparable pérdida. Basado principalmente en las explicaciones de Anacleto Artzelus, sin duda alguna se hubiera visto ampliamente mejorado si hubiese podido seguir contando con su presencia a la hora de resolver mis dudas, lo cual hubiera repercutido en una mayor aportación de detalles a este trabajo. Dejando ya de lado estas lamentaciones, me gustaría que esta líneas sirvieran de homenaje y recuerdo hacia su protagonista, Anacleto Artzelus, a la vez que mostrarán mi afecto y agradecimiento a su familia por la colaboración prestada a la hora de preparar esta memoria. Igualmente quiero dar las gracias a mi buen amigo Pello Iraizoz, tanto por ser la persona que me puso en contacto con Anacleto como por las valiosas consideraciones que ha aportado a este estudio.



Anacleto Artzelus Ormazabal (Fotografía: Josu Santesteban)

EL YUGO

Podemos definir al yugo como un instrumento de madera con el que eran uncidos uno, dos o tres animales para tirar de un carro, arado o cualquier otro apero de labranza (narria, molón, etc.). Existen fundamentalmente dos tipos de yugos: el yugular y el cornal. Ya en el siglo primero de nuestra era el escritor latino Columela, natural de Cádiz, discutía con sus contemporáneos sobre la conveniencia de uncir a los animales por el cuello o por la cornamenta. Lo cierto es que el yugo que principalmente utilizaron los romanos fue de tipo yugular, de ahí que esta misma palabra derive de la voz latina *yugum*, si bien parece ser que el yugo propio de los iberos era de tipo cornal.

En la misma Navarra han llegado a coexistir ambos tipos, el primero en las tierras más llanas de la Zona media y Ribera donde era popularmente conocido como *jubo* y su principal utilidad era la de uncir, *juncir* o *juñir* caballerías. Siendo el de tipo cornal o cornil, el uncido por los cuernos, prioritario en los parajes más septentrionales de Navarra, este tipo de yugo ha sido utilizado también por bueyes de labradores riberos, el mismo Anacleto reconocía haber tenido demanda de sus yugos en la propia Merindad de Tudela.

El llamado *yugo vasco* o *uztarri* es de tipo cornal. Tal como lo destacara hace justamente un siglo Telesforo de Aranzadi², este yugo presenta unas características peculiares con respecto al yugo utilizado en cualquier otra parte del planeta. Los rebajes para la testuz y los apoyos tanto para los cuernos como para las correas de sujeción, presentan en el yugo vasco una técnica muy desarrollada, destacando además la peculiaridad de una profusa decoración en su parte frontal.

Según este autor, tras comparar el yugo de los vascos en un prolijo estudio con yugos de todos los continentes, el yugo de estas tierras es el más desarrollado debido a que en estas latitudes se cuenta con el mejor «banco de pruebas», por decirlo con un lenguaje actual, para estudiar la incidencia del yugo y su posición sobre el esfuerzo de los animales de arrastre:

«Parece ser que el yugo vasco es aquel en que más se ha ejercitado el ingenio humano ¿a qué se deberá? Probablemente a las pruebas de bueyes, pues no sé de ningún otro país en que se hagan apuestas de arrastre por parejas de bueyes, para ello hay en la plaza del pueblo una gran piedra con su anilla para el enganche, piedra que pesa unas 280 arrobas [...]. Las apuestas vienen de muy antiguo en el género humano y desde los primeros ensayos de arrastre de piedras por yuntas de bueyes se les ocurriría a los vascos apostar. La apuesta aguza el ingenio como le sucedía al Chiquito de Eibar cuando agujereaba el guante para disminuir la resistencia del aire y poder así dar mayor guantazo a la pelota; no poco cavilaría el boyero primitivo para modificar el yugo de manera que permitiese a los bueyes desplegar mejor toda su fuerza y hubiese menos posibilidad de accidentes comprometedores, y de tales cavilaciones claro es que no había de resultar un yugo como el de las Landas o Aragón, sino un yugo como es el yugo vasco».

² ARANZADI, Telesforo, *El Yugo vasco-uztarria comparado con los demás. Memoria escrita por Telesforo de Aranzadi y Unamuno con ocasión de las «Fiestas de la Tradición del Pueblo Vasco»*, San Sebastián, 1905, p. 20.



Yugo cornil para bueyes fabricado por Anacleto Artzelus

Dudo mucho que Anacleto Artzelus hubiera leído nunca estas afirmaciones de Telesforo de Aranzadi, sin embargo su propia experiencia le hizo llegar a unas conclusiones parejas al ser cuestionado sobre la diferenciación entre ambos tipos de yugo:

«Sin lugar a dudas el mejor yugo es el cornil, el yugo con kokas, porque la fuerza el animal la tiene en la testuz, por eso éste era el yugo que se utilizaba en toda Euskal Herria. Si ves ahora mismo una apuesta de arrastre de piedras, verás que los bueyes llevan el morro a la misma distancia y van siempre mirándose el uno al otro, esos animales no sufren. El yugo que se utilizaba en Castilla no tenía kokas, que son los salientes en los que se apoya el cuerno del animal, eran yugos planos que se colocaban en el cuello. Con esos yugos ningún animal podría arrastrar esas piedras de las apuestas y, sin embargo, con el yugo que se utiliza aquí ves que lo bueyes no sufren para nada y rinden al máximo».



Yugo para bueyes de tipo yugular procedente de Zamora (Fotografía: Esther Garrote)

Siguiendo con la descripción del yugo cabe destacar que en el centro de esta herramienta de trabajo se encuentra el agujero en el que se introducía el barzón, anilla bien de madera,³ cuero trenzado o hierro que era por donde se

³ José María Satrústegui, en un artículo titulado «Notas sobre nuestra tecnología tradicional», analiza este tipo de piezas fabricadas en madera. En él describe minuciosamente la elaboración de estas piezas basada en la observación de la naturaleza, es lo que él denomina *tratamiento orgánico*: «Al realizar el estudio etnográfico de Urdiain localicé un sencillo accesorio de labranza que llamó poderosamente mi atención; se trataba de un aro de madera que sustituía al anillo de cuero o hierro como abrazadera del yugo, que es donde encaja la vara del timón. Es una pieza que requiere mucha resistencia, por lo que fue sustituida por materiales como el cuero o el hierro que ofrecen más garantía que la madera. [...]»

Lucas Zufiaurre, a sus ochenta años bien colmados me aclaró que la resistencia no le venía a la *oa* por ser haya, que es refractaria y se rompería, sino por el tratamiento especial que se le aplica. Es un anillo trabajado en el árbol vivo con su propia savia», *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, núm. 22, 1976, pp. 132-133.

insertaba el timón o pértigo del carro o arado, en Navarra recibe también los nombres de *trascón*⁴, *bardia*⁵ o *zapino*⁶, mientras que en la zona vascofona se denomina *urtedia*⁷. Los arcos que presenta a ambos lados son designados como gamellas. Los salientes o enganches que figuran a los lados de la gamella reciben el nombre de corniles, *ugatzak*⁸, *uetzak*⁹, *krostak* o *koskak* –Anacleto Artzelus las denomina *kokas*–, unos sirven para sujetar los cuernos (*adarren krostak*) y otros para afianzar la coyunda (*edien krostak*)¹⁰. La coyunda, *trasca* o *edia*, correa fuerte y ancha de cuero cuya misión es sujetar el yugo a la cornamenta, además de sujetarse en los corniles o *krostak* se afianza también en los salientes de los extremos del yugo. Esta misma función de tensar el correaje del yugo reciben dos pequeños agujeros o *zuloak* situados en la parte central de la pieza.



Koka o koska para los cuernos



Melenas. Exposición etnográfica de Zabalceta (2004)

Para proteger las testuzes de los bueyes y las vacas se solían colocar dos trozos de cuero claveteado con unas melenas de cuero, lana o tela, cuya función también –sobre todo en verano– era evitar la presencia de moscas en los ojos de los animales que les molestasen con el consiguiente riesgo de que se espantaran. Estas piezas son conocidas como frontales, melenas y, entre los vascoparlantes, *kopetakoak* o *ipurukoak*. A la piel de oveja que se solía utilizar para cubrir y proteger el yugo y la coyunda de las inclemencias del tiempo le daban el nombre de *zamarro* en Tierra Estella¹¹, y de *uztar-etzalkia* o *uztalarrua* en la Montaña navarra¹². Quienes querían resaltar

⁴ LAPUENTE MARTÍNEZ, Luciano, *Las Améscoas. Estudio Histórico Etnográfico*, Aristubeltza, 1990, pp. 247-248.

⁵ IRIBARREN, José María, *Vocabulario navarro*, Pamplona, 1997, p. 58.

⁶ IRIBARREN, José María, *op.cit.*, p. 536.

⁷ CARO BAROJA, Julio, *De la vida rural vasca (Vera de Bidasoa)*, San Sebastián, 1986, pp. 88-89.

⁸ CARO BAROJA, Julio, *op.cit.*, p. 88.

⁹ ABELLA, Ignacio, *El hombre y la madera*, 2003, p. 253.

¹⁰ CARO BAROJA, Julio, *op.cit.*, p. 88.

¹¹ MARIEZKURRENA ITURMENDI, David, *Mirafuentes. Estudio etnográfico*, Pamplona, pp. 170-171.

¹² «En Ataun había costumbre de colocar pieles de tejón sobre los cuellos de los bueyes, que, uncidos al yugo, iban a ser expuestos al público, lo que ocurría al conducir el carro de boda, al presen-

la presencia de su yugada de bueyes solían colocar campanillas y cascabeles sobre esta protección hecha en piel. En algunos yugos se localizan unos pequeños agujeros en el lateral superior de la parte central de esta herramienta, estos orificios se utilizaban para insertar los dos extremos de una vara de madera que servía para portar las campanillas anunciadoras de la presencia de la yunta de bueyes¹³.

EL YUGUERO O UZTARGILEA

Anacleto Artzelus aprendió en casa el oficio de yuguero. De modo que, cuando tuvo edad de empezar a trabajar, entró en el ocupación familiar en la que participaron también el padre de Anacleto, un hermano de su madre y su propio hermano.

Los padres de este artesano eran naturales del Goierri guipuzcoano, nada más casarse se trasladaron a la navarra localidad de Almandoz, donde el cabeza de familia se ganaba la vida en la elaboración del yugo. Al poco tiempo la vida les llevo hasta Pamplona, instalándose en la calle Cuesta del Palacio. Fue en esta vivienda del casco histórico de la ciudad donde nació Anacleto, sin embargo contaba tan sólo con un par años cuando la familia se trasladó a vivir a los terrenos de la Txantrea.

Estamos hablando de la década de los años 30, por aquel entonces el barrio extramural de la Txantrea no estaba ni tan siquiera proyectado, los antiguos terrenos del chantre catedralicio eran un topónimo utilizado por los vecinos de la Magdalena de Pamplona para designar un paraje también conocido como «La Casajera», por ser esta la principal característica del terreno. Allí tan sólo existía una humilde vivienda que se convirtió tras la llegada de la familia Artzelus en la popularmente conocida como «Casa del Yuguero». Esta construcción se encontraba aproximadamente donde hoy en día se localiza la parroquia de San José, precisamente en lo que se convirtió en la primera fase del barrio de la Txantrea¹⁴.

tarse en una feria, etc.; pues en tales ocasiones había peligro de aojamientos, y la piel de tejón era considerada como preservativo muy eficaz contra el *begizko* ['mal de ojo']. BARANDIARÁN, José Miguel, *Diccionario de mitología vasca*, p. 43; ERKOREKA, Antón, *Begizkoa. Mal de ojo*, p. 138.

¹³ En Bizkaia, cuando una pareja de bueyes tiraban de un carro de boda, existió la costumbre de colocar sobre la parte central del yugo un trabajo de forja que portaba varias campanillas de bronce, dicho elemento recibía el nombre de *azkonarra*. ARANZADI, Telesforo, «Explicación de los aperos de labranza en la exposición», 1930. Curiosamente, si tomamos el *Diccionario vasco-español-francés* de R. M^a de Azkue encontramos en la voz *azkonarra* o *azkonarro* el nombre euskérico del tejón o tajado, animal con cuya piel –tal como anteriormente hemos mencionado– se cubría el yugo para proteger a los bueyes del mal de ojo. El mismo Azkue apunta esta utilización: «Azkonarro: Adornos que se ponen al yugo de los bueyes, y que se hacen con la piel del tejón. Algunos atribuyen esa costumbre ya en desuso [año 1926] a arrogancia de hacendados, otros a superstición, pues creían que el ganado quedaba así defendido del mal de ojo». Azkue, *Diccionario*, p. 117. Tal como apunta mi amigo Pello Iraizoz, el hecho de que el hierro que lucía la yunta de bueyes en un cortejo de boda en la zona de Bizkaia recibiera el nombre de *azkonarra*, seguramente indica una herencia del antiguo uso de la piel de tejón para proteger del aojamiento, de modo que esta pieza de hierro forjado cargada de campanillas se utilizaría para proteger al nuevo matrimonio del peligro de que algún vecino les echara el mal de ojo al paso de su carro de bodas. Ver CARO BAROJA, *Los vascos*, p. 324.

¹⁴ MARIEZKURRENA ITURMENDI, David, *Sembrando vida en la piedra*, Pamplona, 2002.



Anacleto Artzelus en plena faena. Imagen captada por Nicolas Ardanaz en Burlada en los años 50

Así pues, por esta razón Anacleto Artzelus se consideraba con todo orgullo vecino de la Txantrea desde mucho antes de que ésta naciera como barrio. Aquí se localizaba el hogar donde, cosa difícil en la Pamplona de aquellos años, Anacleto aprendió el euskera familiar que sus padres supieron transmitirle, condición euskaldún de la que él se sentía muy orgulloso pero que en su infancia le causó algunas penurias:

«De las puertas para adentro nosotros hablábamos todo en euskera, de hecho luego en la escuela me costaba más que a los demás y no hacía más que recibir palizas por parte de los maestros».

La familia Artzelus tenía ubicado su taller en un local de la calle Santo Domingo, allí guardaba sus herramientas y demás materiales para la fabricación de los yugos. Hasta este lugar también se acercaban los clientes para demandar sus pedidos, si bien es cierto que una de las características del oficio de yuguero era que éste no se veía restringido a ocho horas de trabajo en un taller. Por el contrario, esta dedicación exigía a los yugueros una gran movilidad geográfica.

El yugo es un herramienta de trabajo que estaba destinada principalmente a una pareja de bueyes o de vacas. Por ello, ante la imposibilidad de que el cliente trajera su ganado hasta el taller del yugero, era este profesional el que tenía que desplazarse hasta los pueblos y villas donde era requerido por sus parroquianos, de modo que una vez tomadas *in situ* las medidas de la cornamenta de los animales podía ir probando y ajustando el yugo sin temor a equivocarse y, finalmente, poner a prueba a los animales antes de dar por terminada su labor.

Establecidos en Pamplona, el ámbito de trabajo de la familia Artzelus llegaba a alcanzar todos los extremos de la geografía navarra, desde Lesaka a Cortes de Navarra, pero –por su ubicación– gran parte de su demanda provenía de la propia Cuenca de Pamplona. A juicio de Anacleto, la dureza propia de este oficio se veía aumentada por el trato con los vecinos de la Cuenca, los conocidos popularmente como *cuencos*:

«Este trabajo era muy costoso por la incomprensión que había, nosotros trabajábamos sobre todo en la Cuenca de Pamplona y el cuenco era una persona de muchísimo cuidado, no veía nunca el trabajo y todo le parecía caro, así que con los que oían la campana María había que andar siempre peleando, nos entendíamos muchísimo mejor con la gente de la Montaña, con la gente euskaldún».

Los habitantes de la Cuenca, tal como lo han descrito muchos autores a la hora de referirse a la Pamplona de antaño, tenían la costumbre de acudir los sábados a la ciudad a vender sus productos y hacer sus propias compras. La plaza del Castillo era el espacio en el que aldeanos de todos los pueblos del cocinado de la ciudad se daban cita, allí intercambiaban noticias y ajustaban sus compra-ventas con los tratantes de ganado. Así también, era el sábado el día elegido para solicitar la presencia del yugero en sus localidades de origen:

«Normalmente se solían poner de acuerdo dos o tres que querían yugos nuevos y te decían: “Ven, que queremos que veas qué haya podemos tirar”. Luego, para pillar a los aldeanos en casa tenías que ir los domingos por la mañana –fíjate que oficio más esclavo que te hacía trabajar de lunes a domingo–, elegías el árbol que te parecía adecuado y ellos se encargaban de tirarlo y arrastrarlo hasta el pueblo. Cuando ya lo tenían preparado igual te mandaban aviso con el lechero y tú ibas al pueblo con la herramienta. Solía resultar que cuando ibas a un lugar pensando que tenías trabajo para tres días, lo mismo te estabas ocho, porque entonces todo el mundo aprovechaba para pedirte que le hicieras un yugo».

Anacleto rememoraba esta etapa de su vida con el cariño que el paso del tiempo da a los recuerdos del pasado, si bien era muy consciente de la dureza y sacrificios que exigía entonces el oficio de yugero. Además del esfuerzo físico que este trabajo manual requería, e incluso de la incomprensión sobre la que hace un momento hacíamos referencia, el hecho de trabajar tanto en verano como en invierno los siete días de la semana, de pueblo en pueblo, desplazándose andando, en bicicleta y –según a qué pueblos– en autobús, «y si lo perdías a golpe de calcetín hasta Pamplona cargando con la herramienta», suponía un gran esfuerzo a estos profesionales yugeros «para sacar justamente un jornal», tal como sentenciaba el propio Anacleto.



Yugo para bueyes fabricado por la familia Artzelus-Ormazabal

PROCESO DE ELABORACIÓN

La norma general que regía la labor del fabricante de yugos era la de realizar una pieza al día, salvo en verano, cuando las horas de sol son más y el yuguero podía llegar a hacer hasta yugo y medio por cada jornada de trabajo.

La primera fase de la elaboración del yugo era hacerle trabajar a la pareja de ganado de su cliente con un yugo no ajustado propiamente a estos animales. Esta primera prueba permitía ver al artesano las características propias de cada animal, especialmente si uno de ellos era más fuerte y, por lo tanto, capaz de tirar más que su pareja. El buen hacer del yuguero suponía precisamente saber nivelar la fuerza y el vigor de ambos animales fabricando un yugo que lograra aprovechar al máximo el trabajo conjunto de las dos bestias, de modo que los dos bueyes faenasen por igual y –muy especialmente– que pudieran ser uncidos al yugo de una forma correcta, de modo que ninguno de los animales sufriera al trabajar con el yugo y éste les acabara dañando.

«Primero les hacías trabajar a los bueyes con un yugo normal y así veías si uno de ellos tenía más fuerza que el otro, entonces tenías que preparar un yugo para nivelar esa fuerza, calculando la distancia a la que había que colocar a cada buey para que los dos animales trabajasen por igual, de tal forma que los dos estuvieran mirando hacia arriba y que el yugo no les pegara y les hiciera daño detrás de las orejas. Vivíamos nuestro trabajo con mucha profesionalidad, y a mí no me entraba en la cabeza dejar que un animal sufriera. Una vez acabado el yugo, siempre íbamos a probarlo con la herramienta por si había algo que retocar».



Yugo para vacas fabricado por la familia Artzelus-Ormazabal

La faena se iniciaba de par de mañana y al terminar el día el yugo ya estaba preparado:

«Por la mañana nos dábamos la gran paliza, suponía un gran esfuerzo manejar la madera e ir desbastándola a golpe de hacha y azuela mientras ibas dándole la forma del yugo. Luego, por la tarde, quedaba el refinado y acabado a base de gubia y formón».

En la Cuenca de Pamplona el yugo solía tener una medida de entre 1,40 y 1,45 metros y en la Montaña, «al ser los caminos más estrechos», solían ser de aproximadamente un metro de largura.



Yugo fabricado para un único buey procedente de Oricin (Valdorba)

Los yugos fabricados por Anacleto eran por norma general piezas destinadas a ser uncidas por dos ganados, si bien en ocasiones se preparaban yugos para un único buey, como por ejemplo en el caso de animales que tenían como obligación trabajar entre los estrechos pasillos de las viñas. En esta labor algunos labradores empleaban yugos hechos para una pareja de bueyes que por alguna circunstancia se habían partido, sin embargo esta reutilización –aunque económica– no era correcta a juicio de nuestro yugero:

«Ese buey o vaca necesitaba un yugo a su medida, un yugo roto podía servir para trabajar las viñas, pero a la larga ese animal estaba sufriendo por no llevar una pieza hecha a la medida de sus características».

Otro tipo de yugo que Anacleto no llegó a fabricar pero sí conoció fue el destinado a ser uncido por tres animales. Si bien este yugo podía ser utilizado en faenas en las que era necesaria una gran fuerza de arrastre, como podía ser el trabajo en una cantera, José María Jimeno Jurío destaca la existencia de yugos destinados al trabajo de tres cabezas de vacuno en Baja Navarra, Arakil, el valle de Olo y la Cuenca de Pamplona. Según este mismo autor, estos yugos elaborados en un material ligero, como el álamo, eran utilizados por los labradores para adiestrar a vacas o bueyes jóvenes, así como para reeducarlos si les hacían cambiar de mano, ya que el labrador distinguía perfectamente entre bueyes zurdos y diestros¹⁵. El sistema empleado era colocar al

¹⁵ Daniel Nagore, ingeniero director del Servicio de Agricultura y Ganadería de Navarra, publicó en el año 1934 una obra –*Luces del Agro*– recogiendo «enseñanzas de divulgación agrícola» que, según figura en su prefacio, fue repartida en una tirada de 3.000 ejemplares entre agricultores y centros docentes de Navarra. Así hablaba en su apartado sobre el yugo (pp. 164-165) acerca de la distinción entre bueyes de diestros o zurdos: «Extrañado se quedó un profano cuando leyó en un anuncio que ha-

animal en proceso de aprendizaje en el centro de la yugada para obligarle a aprender los hábitos de sus compañeros más veteranos¹⁶.

MATERIAL EMPLEADO EN LA FABRICACIÓN DE YUGOS

La mayoría de los yugos que la familia Artzelus preparaba eran preferentemente de haya o de olmo, pero también se llegaba a utilizar el fresno, así como en ocasiones cerezos o *alzas* (alisos).

A la hora de preparar el yugo se seleccionaba la madera muy cuidadosamente, los árboles elegidos para la fabricación del yugo tenían que ser gruesos y carentes de nudos. El trabajo se llevaba a cabo principalmente con la base del árbol, ya que esta madera siempre resulta más firme y consistente.

Una vez talado el tronco en la medida adecuada, éste se cortaba a lo largo en cuatro pedazos, resultando cuatro piezas destinadas para el trabajo, una por cada cuarto de circunferencia del tronco. Esta era la forma de cortar la madera para que el corazón del árbol pudiera ser desechado, debido a que esta es la parte de la planta que más fácilmente podía rajarse o abrirse al secarse, ya que –tal como hemos ido apuntando– el yuguero siempre trabajaba con madera recién cortada, con madera verde, la cual tiene la característica de poder ser trabajada más fácilmente de forma manual.

Un detalle de gran importancia, tenido siempre en cuenta por todos los artesanos y demás profesionales que han trabajado con la madera, ha sido la influencia que la luna y sus distintas fases ejercen sobre toda materia vegetal.

«Por aquel entonces se respetaban las lunas, para obtener una madera blanca y correosa tenías que cortar el árbol en creciente, entonces salían unos yugos fuertes y ligeros. En cambio, si se cortaba en menguante, el resultado era una madera negra, oscura, y que siempre pesaba más. Tampoco es lo mismo la madera de un árbol que ha estado al sol o a la sombra, y eso sólo se nota cuando trabajas ese material a mano como lo hacíamos nosotros».

Ha quedado reflejado poco más arriba como solía ser el aldeano que demandaba un yugo la persona encargada de facilitar el material al yuguero. Anacleto Artzelus recuerda también como en los años en los que él se dedi-

cía oferta de un buey señalando que era izquierdo. ¿Pero es que en el buey influye que sea zurdo o derecho? Ya lo creo, como que de ello depende el que le duren más tiempo.

Es el yugo, ese armatoste que en la cabeza les ponen para uncirlos, el que les obliga a tener esa cualidad para poder elegirlos. El secreto para que en la tracción se obtenga el máximo efecto cuando la han de realizar los animales uncidos, es que ejerzan el esfuerzo uno y otro simultáneo pero de un modo simétrico. [...]

El trabajo que un buey derecho ejecuta colocado en lado opuesto es contraproducente, porque obliga al buey además de a tirar a sostener en su sitio el tiro desviado de la recta por el mal acoplamiento. A tanto puede llegar como a resentirse las vértebras de su cuello, pues muchos han sido víctimas de mal no bien conocido hasta que se descubrió que la muerte era por eso.

Mira pues si le interesa sea el buey derecho o izquierdo».

¹⁶ JIMENO JURÍO, José María, «Yugo», en *Gran Enciclopedia de Navarra*, Pamplona, 1990, XI, p. 481. Este autor destaca a su vez en dicha referencia al hablar del yugo para tres cabezas de ganado, la existencia de un ejemplar de 3,15 metros de largo procedente de Baigorri (Baja Navarra).

có a este oficio uno de sus principales clientes fue la Diputación de Navarra, a la vez que ésta era proveedora de madera para los mismos yugeros:

«En aquellos años la Diputación tiraba sus montes y sacaba la madera con bueyes, así que nosotros trabajábamos para ellos haciendo yugos para sus animales y, a cambio, ésta nos pagaba muchas veces en madera».

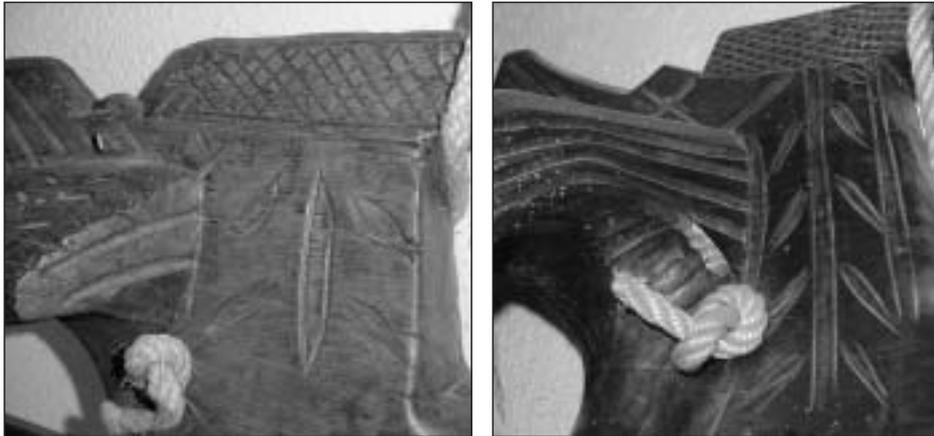


Fabricando yugos en Burlada en una fotografía tomada por Nicolás Ardanaz (años 50)

DECORACIÓN DEL YUGO

Si por algo se ha destacado el yugo vasco es, entre otras cosas, por la decoración que presenta en su parte delantera:

«Al yugo siempre se le hacían unas tallas, era una tradición de yugueros. Se trataba de unas espigas talladas, unos adornos que se hacían con la gubia sin profundizar mucho. Yo siempre lo he conocido, pero realmente cuando el buey va atado al yugo estos adornos no se ven, por lo que al aldeano lo que le interesaba realmente no era la decoración del yugo, sino que éste fuera resistente».



Detalles decorativos de los yugos fabricados por la familia Artzelus-Ormazabal

Como bien destaca Anacleto Artzelus, el yugo es un apero de labranza que una vez uncido al ganado queda totalmente cubierto por las ataduras y protecciones de cuero que solía llevar por encima (melenas, *uztalarruak*, etc.), por lo que a priori resultaba un tanto innecesario que esta pieza de madera contara con una profusa y elaborada decoración, tal como podemos encontrar en la mayoría de los yugos de tipo vasco. El yugero hoy objeto de estudio lo consideraba «una tradición de yugueros», algo que él había aprendido de sus mayores y continuaba realizando por respeto o por orgullo hacia una tradición.



La marca de la casa que identifica los yugos de esta familia de artesanos son unas espigas talladas en varios puntos del yugo mezcladas con el resto de la decoración

Existe también quien considera estas mismas marcas como la firma del artesano. Y es cierto que la decoración de un yugo es algo que verdaderamente puede identificar a cada artesano ante su creación, si bien no se trata de una firma con caracteres propios como la marca o señal que un cantero deja en la piedra o la huella que identifica las layas fabricadas por un mismo herrero, ya que la decoración de unos yugueros y otros suele ser parecida y repetitiva, alternándose motivos geométricos con otros vegetales (especialmente espigas), siendo incluso habitual que un mismo yugero utilizara distintos tipos de decoración en los yugos que realizaba.

Así pues, solamente nos cabe mencionar una última teoría que atribuye a la decoración de los yugos un motivo creencial, destacando que unos trazos tan elaborados en una pieza no destinada a ser lucida no se pueden corresponder sino a una costumbre supersticiosa de marcar los yugos con unas señales que cargaran a este utensilio de propiedades mágicas y protectoras. Todo este proceso estaría destinado a salvaguardar la integridad del ganado encargado de tirar del arado o del carro, componente elemental durante siglos de la economía familiar de quienes obtenían del campo su sustento de vida, y cuya inesperada pérdida podía acarrear graves problemas económicos para el labrador y para su familia. Según quienes defienden esta tesis, el yugo conservaría en su decoración el vestigio creencial de un tiempo pagano, tan propio de labradores y campesinos como las muestras a medio camino entre supersticiosas y religiosas que éstos han mantenido hasta nuestros días (cruces en campos, estampas y eguzkilores en cuerdas, amuletos, *kutunak* y evangelios para el ganado, romerías y rogativas, etc.), ya que todo esfuerzo siempre ha sido poco para enfrentarse a los designios sobrenaturales que a lo largo de los siglos han regido la vida del agricultor.



Yugo para caballerías elaborado por Anacleto Artzelus y convertido en colgador

EL FINAL DEL OFICIO

La progresiva mecanización del campo hizo que los bueyes fueran desapareciendo como animales de trabajo, con ellos llegó el fin de los artesanos dedicados a la elaboración de yugos.

A mediados de los años 50 Anacleto colgó sus herramientas de yuguero y decidió irse a Francia a buscar trabajo, lugar donde permaneció casi una década de su vida. Su hermano todavía intentó alargar un poco la agonía de este antiguo oficio y permaneció algún tiempo más fabricando yugos para los escasos clientes que le quedaban, incluso compaginó esta demanda con otros yugos que transformaba en colgadores tratando de abarcar un nuevo público que comprase sus piezas por razones estéticas. Sin embargo, tras un breve periodo de prolongación de lo inevitable también él tuvo que abandonar la profesión de yuguero.

Hoy en día el yugo vasco es un objeto de museo y raramente puede encontrarse en ferias de anticuarios. Hace un tiempo el propio Anacleto tuvo una experiencia sobre este respecto con uno de sus propios yugos:

«Ahora ves los yugos en los anticuarios y valen un dineral, yo hace años compré uno de mis yugos en un mercadillo y me costó mil pesetas. Aún me decía el vendedor que no sabía lo que valía por la antigüedad que tenía, hasta que le dije que ese yugo lo había hecho yo y lo había vendido por veinticinco duros».

La valoración actual de estos valiosos objetos no tiene nada que ver con la que existía hace apenas unas décadas. Erik el belga, sobrenombre de René Alphonse Van der Berghe, conocido expoliador que a fines de los años 70 participó en el robo de infinidad de obras de arte, entre las que parece encontrarse también el retablo de Aralar, reconocía no hace mucho en una entrevista que, desde Navarra y las provincias vascongadas, exportó hacia el norte de Europa –donde la sensibilidad hacia estas piezas fue mucho mayor y más temprana que en su propia tierra– camiones y camiones llenos de yugos vascos.

Por suerte, ese paréntesis en el que gran parte de nuestra sociedad no supo valorar su patrimonio parece estar superado, y esos «trastos viejos» ya no acaban en el fuego o en manos de cacharrereros ambulantes. Hoy podemos considerar estos antiguos aperos de trabajo como auténticas obras de arte popular, de modo que es afortunada la persona que puede lucir el yugo de sus mayores en las paredes de su casa.

ANEXO

El día 14 de abril de 1965 se publicó en el *Diario de Navarra* una entrevista a José Mari Artzelus, hermano ya difunto de Anacleto, que como hemos comentado fue durante unos pocos años más el último representante familiar de este antiguo oficio. Según nos comentó el propio Anacleto: «mi hermano continuó trabajando el yugo hasta aproximadamente 1965», de manera que cuando se publicó esta entrevista la dinastía de yugueros Artzelus-Ormazabal ya estaba dando sus últimos coletazos.

Cuando los Artzelus dejaron su casa de la Txantrea se la alquilaron a un pastor y su familia, convirtiéndose la «Casa del Yuguero» en la «Casa del Pastor», uno de

los hijos de este pastor txantreano fue quien hizo esta entrevista, posiblemente motivado por los vínculos que le unían a la familia de yugueros, su nombre es Julio Martínez Torres, actual director del periódico *Diario de Navarra*.

José Mari Arcelus, uno de los últimos artesanos de yugos

- «El tractor ha matado al yugo».
- «Cuesta siete horas cada uno, tres de ellas con la camiseta bien empapada por el esfuerzo del hacha».
- «Los yugos se hacen a la medida de la yunta: como un traje».

Lo primero y lo último que dice José Mari Arcelus, uno de los pocos yugueros que quedan en el país vasco-navarro es paradójico y real.

– *Cuando abundaba el trabajo escaseaba la madera y ahora que hay madera para hacer toda clase de yugos escasea el trabajo. Desde que apareció el tractor los yugos van de capa caída.*

Los Arcelus-Ormazábal llegaron a Navarra hace casi medio siglo. Venían de Zumárraga y su primer punto de instalación fue Almándoiz. Después su artesanía de hacer yugos fue trasplantada a Pamplona donde todavía José Mari practica la tradición aprendida de sus mayores pese a que la demanda ha sufrido el golpe de gracia de manos de la mecanización de las labores agrícolas.

– *Nuestra mejor época fue la de los años posteriores a la guerra. Hacíamos yugos para toda Navarra, sobre todo para la Cuenca de Pamplona, zona de Estella y Montaña. Nuestra producción alcanzó a yugo diario. Ahora, en cambio, no creo que haga veinte yugos en todo el año.*

Los tractores han desplazado la fuerza animal. La mecanización del campo arrincona cada vez más a las yuntas de bueyes o las reatas de mulas a aquellos parajes donde, por la desnivelación del terreno, no puede trabajar el tractor. Por esto, las parejas de bueyes han terminado en los mataderos. Y el censo caballar y mular, como fuerza de arrastre, ha disminuido en un tanto por ciento muy apreciable. Tan apreciable que José Mari Arcelus, a juzgar por la demanda de yugos, cree que en la zona media no queda ni una yunta de bueyes para reliquia y en la Montaña ha desaparecido el 70 % de los animales de fuerza de arrastre.

Los yugos se hacen a medida de los animales

Los yugueros son unos artesanos artistas. El instrumento de madera que unce la yunta de bueyes o de caballerías se hace a medida de los usuarios. Y la medida se toma a ojo de buen cubero. De la maña del yugero depende que el yugo caiga bien o venga mal a los animales. Generalmente los yugueros –así lo han hecho toda la vida la dinastía de los Arcelus-Ormazábal– han trabajado a domicilio. Ven los animales, observan su astaje, el cuello y adaptan a la madera a esas características. No es lo mismo un yugo para un buey cornigacho que para uno cornialto. Y tampoco se puede realizar la misma curvatura para un buey que tire más que su compañero.

Todas esas diferencias el buen yugero debe compensarlas en su obra de artesanía. Y esta lección no se aprende en ninguna escuela. Tanto don José Arcelus, padre; como don Felipe Ormazábal, tío; y herederos de la artesanía José Mari y Anacleto Arcelus han sabido dar al yugo esa impronta de utilidad y de arte que posee toda pieza traspasada de generación en generación. Parte de los yugos que los agricultores navarros han empleado en estos últimos cincuenta años han salido de las manos de la dinastía Arcelus-Ormazábal, que procede de un caserío de Legazpia.

Un yugo para animales no se puede hacer por menos de 800 pesetas y los yugos turísticos tienen que costar más de 400 pesetas. Y esto si la madera empleada es haya, roble o plátano. Que si el encargo indica madera de nogal o fresno el precio sube. Lo mismo que hace años, idéntico a lo que hacían los primeros yugueros del país vasco-navarro, con los mismos procedimientos manuales. Hasta los dibujos no han cambiado, siempre los labradores de la Montaña han tenido más gusto que los de la Cuenca en los adornos.

Julio Martínez Torres

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA, Ignacio (2003), *El hombre y la madera*, Barcelona, Integral.
- ARANZADI, Telesforo (1905), *El Yugo vasco-uztarría comparado con los demás. Memoria escrita por Telesforo de Aranzadi y Unamuno con ocasión de las «Fiestas de la Tradición del Pueblo Vasco»*, San Sebastián, 1905.
- (1929), «Acerca de un yugo ibérico», en *Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona*, vol. XXI, núm. 18, pp. 491-497.
- (1930), «Explicación de los aperos de labranza en la exposición», en V *Congreso de Estudios Vascos*, San Sebastián, Eusko Ikaskuntza.
- AZKUE, Resurrección María de (1989), *Diccionario vasco-español-francés*, Bilbo, Euskaltzaindia.
- BARANDIRÁN, José Miguel (1972-1985), *Obras Completas*, Bilbao, 23 vols.
- (1984), *Diccionario de mitología vasca*, San Sebastián, Txertoa.
- CARO BAROJA, Julio (1949), *Los vascos*, San Sebastián, Biblioteca Vascongada de los Amigos del País.
- (1986), *De la vida rural vasca (Vera de Bidasoa)*, San Sebastián, Txertoa (3ª edición).
- COLUMELA, Lucio Junio Moderato (1979), *Los doce libros de agricultura* (traducción al castellano de Juan María Álvarez de Sotomayor y Rubio), Santander, A.E.P.A.
- ERKOREKA, Anton (1995), *Begizkoa. Mal de ojo*, Bilbao, Ekain.
- FAGOAGA, Luis (1974), «Gurdiak (Los carros Euskaros)», *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, nº 18, pp. 433-443.
- GARMENDIA LARRAÑAGA, Juan (1970), *Artesanía vasca/Euskal esku-langintza*, San Sebastián, Auñamendi. 5 vols.
- IMBULUZQUETA ALCASENA, Gabriel (1987), *Artesanos*, en «Colección Panorama», núm. 8, Pamplona, Gobierno de Navarra.
- IRIBARREN, José María (1997), *Vocabulario navarro*, Pamplona, Diario de Navarra.
- JIMENO JURÍO, José María (1990), «Yugo», en *Gran Enciclopedia de Navarra*, XI, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, p. 481.
- LAPUENTE MARTÍNEZ, Luciano (1990), *Las Améscoas. Estudio Histórico Etnográfico*, Aristu-beltza.
- MARIEZKURRENA ITURMENDI, David (2002), *Sembrando vida en la piedra*, Pamplona, Asociación Cultural Txantrean Auzolan.
- (2003), «El yugueros», *Txantrean Auzolan*, núm. 63, pp. 18-19, Pamplona.
- (2004), *Mirafuentes. Estudio Etnográfico*, Pamplona.
- MARTÍNEZ DE MARIGORTA, Antonio (1958) «Los Yugueros», en *Vida Vasca*, núm. 35, p. 145, Vitoria.
- MARTÍNEZ TORRES, Julio (1965), «José Mari Arcelus, uno de los últimos artesanos del yugo», en *Diario de Navarra*, 14 de abril de 1965, Pamplona.
- MONESMA, Eugenio (dir.) (1998), *El yugo*, en col. «El hombre y los trabajos. Oficios perdidos», IV, Huesca: Pyrene.
- NAGORE, Daniel (1934), *Lucas del agro*, Pamplona, Diputación de Pamplona.
- SATRÚSTEGUI, José María (1976), «Notas sobre nuestra tecnología tradicional», *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, núm. 22, pp. 121-133.

ZUBIAUR CARREÑO, Francisco Javier y José Ángel (1980), *Estudio etnográfico de San Martín de Unx*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra.

RESUMEN

El presente estudio recupera la elaboración artesanal del llamado yugo vasco de la mano de Anacleto Artzelus Ormazabal, yugero natural de Pamplona recientemente fallecido que conservó este oficio heredado de su padre hasta los años 50 del pasado siglo, momento a partir del cual la mecanización del campo hizo desaparecer esta profesión junto con los métodos tradicionales de labranza.

LABURPENA

Ikerketa honek, Anacleto Artzelus Ormazabalek bere eskuekin egiten zituen euskal uztarriaren elaborazio prozesua jasotzen du. Duela gutxi hil den Anacleto iruindarrak bere aitarengandik jaso zuen ogibidea, xx mendearen erdi arte mantendu du. Garai hoietan, nekazal-eremuaren mekanizazioa zela eta, lanbide hau desagertu zen, nekazal munduko gaintzeko teknika tradizionalekin batera.

ABSTRACT

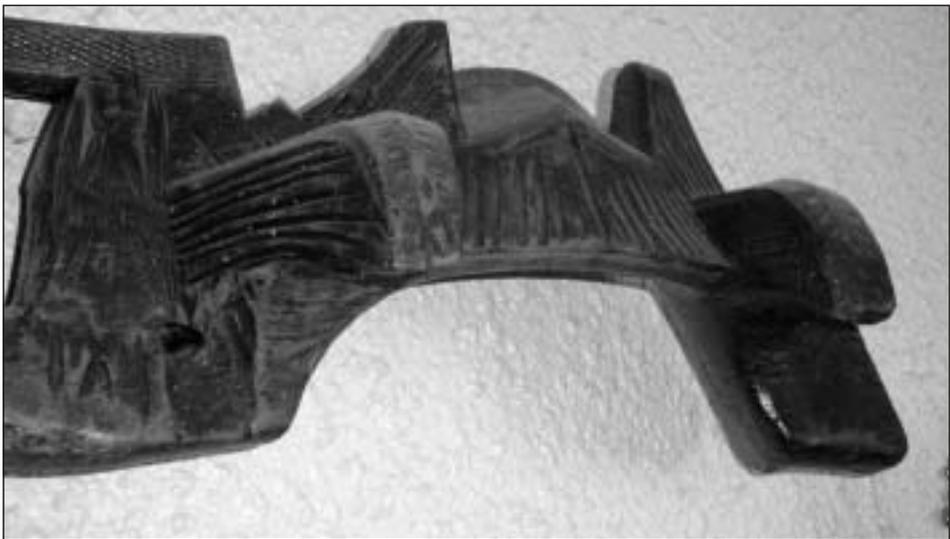
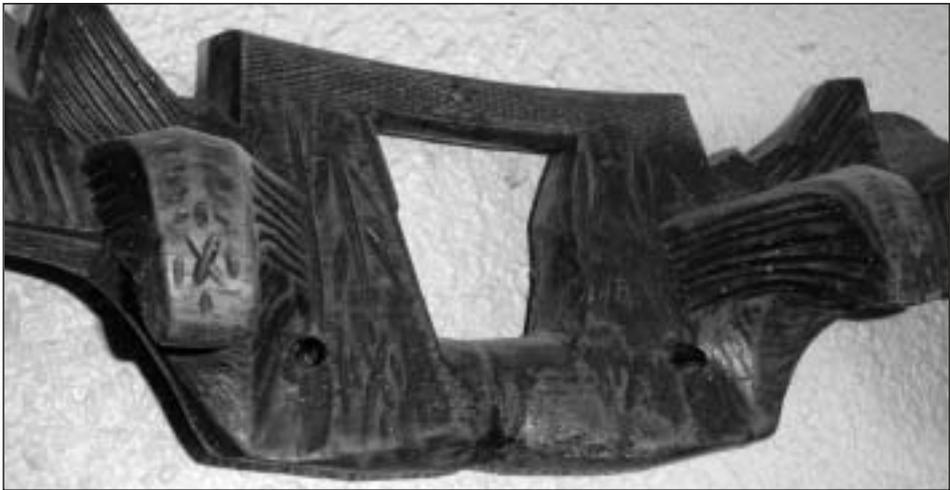
This study recovers the process of hand making the so-called Basque yoke with the help of Anacleto Artzelus Ormazabal. Born in Pamplona and recently deceased, he inherited the craft of yoke making from his father and continued to carry it out until the 1950's, moment in which the mechanization of agriculture put an end to this craft together with the traditional farming methods.



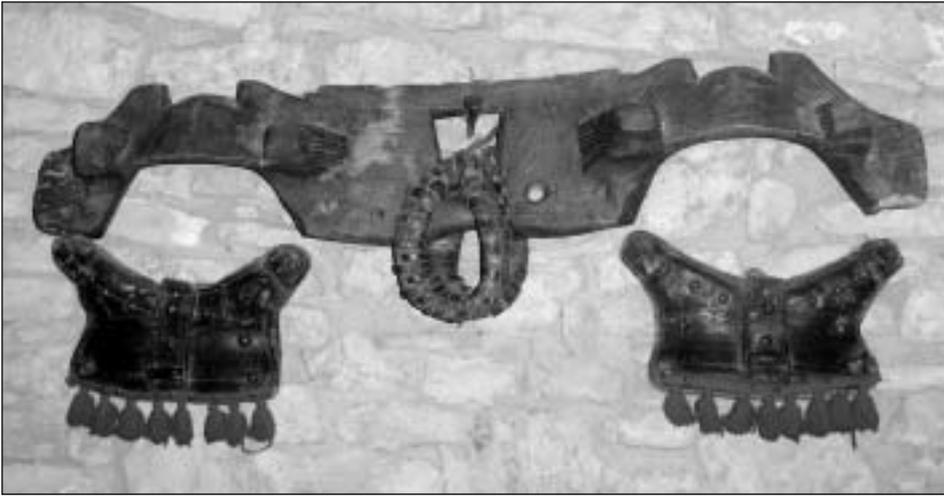
Fotografía realizada por Nicolás Ardanaz donde se observa la piel de oveja que cubre el yugo y su coyunda



Bueyes uncidos al yugo. Fotografía realizada por Nicolás Ardanaz



Yugo vasco fabricado por Anacleto Artzelus



Yugo fotografiado en Unzué que cuenta con la marca de la familia Artzelus-Ormazabal. Melenas de cuero y lana roja y barzón de cuero trenzado para el mayal de carro o arado



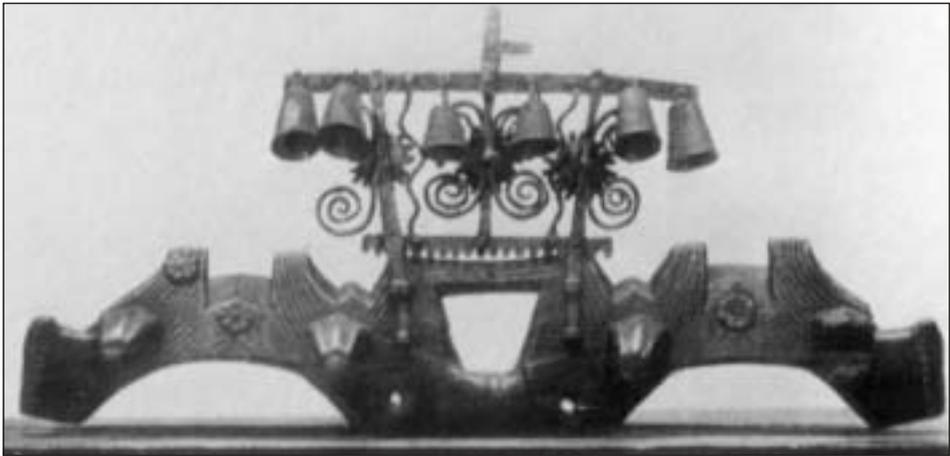
Yugo procedente de Mirafuentes (Berrueza) fabricado en Santa Cruz de Campezo (Álava)



Yugo y melenas procedentes de Zabalceta (Valle de Unciti)



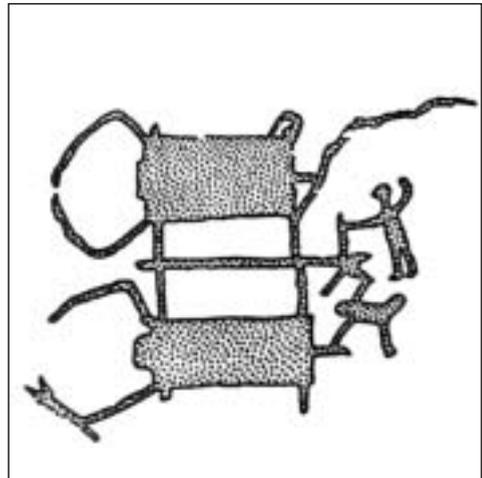
Yugo para caballerías procedente de Beortegui (Valle de Lizoáin)



Yugo de carro de bodas portando el azkonarra. Museo Etnográfico, Bilbao.



Estela funeraria medieval donde se representa el yugo (Louis Colas, *Grafía, ornamentación y simbologías vascas*)



Grabado prehistórico de los Alpes Marítimos que reproduce una yunta de bueyes o vacas tirando del arado (G. Clark, *Arqueología y sociedad*, 1980, p. 176)